

CINCO OBRAS en un acto

*Selección, prólogo y notas
de Waldo González López*



PQ7385 .G55 2001

CHC

Dr. Lillian Manzor
Associate Professor and
Associate Chair
Department of Creative Literature

MAR NUESTRO

ALBERTO PEDRO TORRIENTE

ALBERTO PEDRO TORRIENTE (La Habana, 1954). Poeta, dramaturgo y actor. Graduado de la Escuela Nacional de Arte (ENA). Desde hace varios años escribe para la Compañía Teatro Mío, de la que es fundador, junto a su esposa, la directora artística y general del colectivo, Miriam Lezcano. Es, además, profesor de Historia del Teatro Universal en el Instituto Superior de Arte (ISA). Ha impartido cursos y clases magistrales de Dramaturgia en la Real Escuela Superior de Teatro de Madrid (España), en la Universidad de Toronto (Canadá), en la Sociedad Dramática de Maracaibo (Venezuela) y en el I Encuentro Internacional de Dramaturgos en Río de Janeiro (Brasil). La mayoría de sus obras han sido presentadas, por Teatro Mío, en distintos festivales y encuentros iberoamericanos e internacionales (Cádiz, España; Toronto, Canadá; Caracas y Maracaibo, Venezuela; Bogotá y Manizales, Colombia; Montevideo, Uruguay; Jalisco, México). También se han llevado a escena por grupos foráneos, y traducido al inglés, francés y alemán. Se le han conferido diversos galardones nacionales y extranjeros: los Premios «Santiago Pita», de la UNEAC, y de la Crítica especializada (1987), por *Weekend en Bahía* (1987); Premio «Próspero Morales Pradilla» (Universidad del Valle, Colombia), por *Mestiza* (1992); Premio de la UNEAC en el Festival Internacional de Teatro de La Habana (1993), por *Desamparado* (1991); los Premios de la Crítica especializada (1994) y «Atlántida» (Cádiz, España, 1994), por *Manteca* (1993). A su autoría también pertenecen otras significativas piezas: *Tema para Verónica* (1978), *Lo que sube* (1979), *Pasión Malinche* (1989) —texto seleccionado para la televisión española durante la serie «Iberoamérica y su teatro»—, *Delirio habanero* (1994), *Caballo negro* (1996), *Mar nuestro* (1997), *Paso de dos sobre el muro* (1998) y *Amargo pero vivo* (1998), espectáculo concebido a partir de tres obras de Federico García Lorca (*Yerma*, *La casa de Bernarda Alba* y *Bodas de sangre*). Para la televisión tuvo a su cargo la versión y adaptación de la pieza de Alexander Guelman, *A solas con todos*, y los guiones *Amándonos* y *Lautaro* (en colaboración con Maité Vera), y para el cine: *La soledad de la jefa de despecho* (cortometraje), *Rumbera y Conciencia* y *corazón* (este último escrito en colaboración con el cineasta español Teodoro Escamilla).

PERSONAJES

FE, tiene 24 años, es mulata
ESPERANZA, 25 años, es blanca
CARIDAD, es negra y tiene 23 años
OCHÚN, La Virgen de la Caridad del Cobre, La Santa Patrona de la Isla de Cuba

ACTO ÚNICO

La noche interminable. Luna descendiendo imperceptiblemente, en lo profundo. Se escucha un ruido áspero metálico, obstinado, acompañando las palabras. De repente se enciende una antorcha.

FE. (Desde la penumbra desatada por esa luz.) ¡Estamos perdidas! (Por unos instantes el ruido cesa, pero inmediatamente se reanuda.) ¡Yo lo advertí. Desde el principio, lo advertí: Hay una mujer entre nosotras que tiene su defecto. Un defecto muy suyo, muy de ella, y en el que nadie tiene que inmiscuirse. Porque si se lucha por acabar de salir de lo que se quiere salir, tenemos que empezar por admitir que cada una hace lo que a cada una, en su momento, le salga libremente de su fondillo. (Cesa el ruido otra vez.) ¡Estamos perdidas! (El ruido se reanuda.) Pero existen momentos especiales. Y en un momento especial como el que se vive, hay que ponerse de acuerdo, porque está en peligro la sobrevivencia colectiva. Yo lo advertí. Hay una mujer entre nosotras que tiene su defecto, porque es un defecto lo que tiene. Y continúa actuando y pensando en consecuencia con ese defecto, muy

suyo, muy de ella, muy de su persona. Pero por consideración al colectivo, al colectivo, sí, al colectivo (*pausa*), porque en la vida real a veces hay que actuar en colectivo, por consideración al colectivo esa mujer tenía que haber llenado la bañera de su baño, de su casa de ella, de agua azul, bien azul como el mar, y haber colocado, como se le advirtió —como yo le advertí— una vela encendida en el lugar que se le dijo —que yo le dije—, y que dicha vela se mantuviese ardiendo, de siete a catorce días. O echar agua de mar en un plato hondo, azúcar, pimienta y siete centavos en moneda nacional. O cortar un melón por su mitad y derramarle encima agua de pozo, o agua bendita de siete iglesias diferentes. Tenía que hacerlo para neutralizar el mal efecto de su Defecto. Porque al igual que en Sodoma y Gomorra, íbamos a pagar justas por pecadoras, y el castigo nos iba a hundir a todas. Yo lo advertí bien claro y no se me escuchó. ¿Y qué ocurrió? ¡Nada... que al final del cuento, se nos vino encima la tormenta, y nos quedamos solas, sin hombres y sin rumbo, por ese defecto de esa mujer, que es su ateísmo!

La noche se ha hecho más clara. Vemos que Fe tiene las ropas raídas. La luz de la luna destaca mucho más su desaliño. El ruido metálico que se escucha es producido por el machete que está afilando sobre una piedra.

FE. Yo lo advertí y no me hicieron caso. Por eso hemos caído en esta trampa, en esta encrucijada, en esta perdición, por el ateísmo de esa mujer que nunca hizo lo que se le dijo. Lo que yo le dije que se tenía

que hacer. Porque no quiso, no le salió de adentro. Porque a la niña le da su gana de seguir creyendo sólo en aquello que tiene explicación científica. Como si no estuviéramos a las puertas del siglo que viene, ni se hubiese caído todo lo que se cayó. (*Afilando con más fuerza el machete.*) ¡Estamos perdidas, perdidas, perdidas!

Continúa afilando el machete, mientras musita frases ininteligibles. Esperanza, que estaba cubierta por una frazada, se descubre súbitamente, desaliñada, descalza y con las ropas raídas como las de Fe.

ESPERANZA. ¡Cualquiera que ande en el mar, cae en el mar de los Sargazos! (*Como una letanía.*) ¡Esto es el Atlántico, y el mar de los Sargazos es parte del Atlántico, y se desplaza de un lugar a otro por las corrientes —con y sin brujería— que yo lo sé. Y los sargazos son esas matas que se ven flotando y que no dejan moverse la balsa. Y una piensa que es una pradera y no lo es. No es una pradera, son los sargazos... Y la profundidad es de seis mil doscientos pies, que lo leí... ¡Lo leí!

Silencio. Se queda atenta a un destello lumínico que corre sobre el agua. La noche se ha hecho más clara. Están sobre una balsa de confección casera, sobre la que se alza un mástil rústico, con una vela enrollada. Hay tanques, botellas, cajas y todo tipo de recipientes plásticos, donde se puede almacenar agua y alimentos diseminados por toda la embarcación. Así como sogas, alambres, pedazos de poliéspuma y redes de pes-

car. En los bordes de la embarcación se aprecian los restos de una baranda destruida por una reciente tempestad. De uno de ellos cuelga un farol, también rústico y encendido.

ESPERANZA. (Sin dejar de seguir la trayectoria del destello lumínico.) ¡Ahí va una anguila! ¿Será europea o americana? (Otra vez como una letanía.) Éste es el mar de los Sargazos y las anguilas vienen a desovar aquí. Y detrás de las anguilas vienen los tiburones. (Transición.) ¡Tengo hambre, tengo sed!... Pero no, no, no, no, no se toma agua hasta que amanezca y el sol esté aquí. (Traza una raya con el pie en el suelo.) Ni se come la mitad del huevo que nos toca a cada una, ni las galletas que dan más sed... Hay que tratar de comer galletas lo menos posible. (Transición.) ¿Y aquello qué es? (Mira hacia otro punto del mar.) ¿No será otra balsa? Hay que estar alertas por si pretenden asaltarnos de nuevo. (Transición.) ¡Tengo hambre, tengo sed!... ¡Control, Esperanza, que estás al frente de esta tripulación sobre este mar de los Sargazos! (Pausa.) Por aquí pasó Colón y también quedó atrapado y todavía no se había inventado la santería, porque a los africanos los trajeron después. Y Colón salió de aquí; logró salir de aquí por el control, por su control... ¡No tengo hambre, ni tengo sed! ¡Hay que salir, salir, salir!...

Esperanza ha cerrado los ojos. Fe se coloca detrás de ella alzando el machete amenazadoramente, pero la voz de Caridad que irrumpe detrás de uno de los tanques plásticos la hace desistir de su propósito.

CARIDAD. ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Gracias a Dios! ¡Tierra! Porque aquello es la tierra. ¡No me lo discutan! Aquel bulto que está allá tiene que ser la tierra. (Pausa.) ¿No es la tierra, Fe? ¡Es la tierra, Esperanza! Lo que pasa es que tú perdiste los espejuelos fajada con el tipo, con cara de presidiario, que nos robó los remos, y no la puedes ver. ¡Allí está la tierra! Hace falta un vientecito, un poquitico de viento nada más, un empujoncito de la naturaleza, una brisita, y nos salvamos. ¡Nos salvamos, Fe! ¡Gracias a Dios! ¡Y a ti, Esperanza! Porque ninguna de nosotros dos quería prestarle auxilio al tipo con cara de presidiario y tú dijiste que sí, que no podíamos dejarlo allí tirado, solo, sin agua y sin comida, flotando sobre aquel pedazo de madera, por mucho miedo que nos diera su muela de oro, y el tatuaje que tenía en la espalda. ¡Dios nos puso a prueba y tú nos salvaste! ¡Dios nos premió por tu buena acción! ¡Y ahí la tienen!... Miren. ¡Ahí está la tierra! (Transición.) No es otro espejismo, ¿verdad? ¡Díganme que no es otro espejismo! (Silencio.) ¡Entonces no es la tierra! (Silencio.) ¡Es otro espejismo! (Esperanza intenta decirle algo.) ¡No me pidas más control! Bastante controlada me mantengo, todo el tiempo tratando de no ver espejismos. Y los espejismos siguen ahí como la tierra de hoy, como esas luces de siempre, como esa mujer que todos los días camina ante mis ojos por encima del agua. ¡Me voy a volver loca! (Transición. Grita.) ¡Me quiero morir!...

Amenaza con lanzarse al agua. Fe la sujeta. Forcejean. Esperanza toma súbitamente, de algún sitio, un pedazo de red de pescar y envuelve a Caridad en la misma.

CARIDAD. (*Luchando por soltarse.*) ¡No quiero vivir más, no quiero, no quiero...! (*Continúa forcejeando unos instantes, pero al ver que es inútil, desiste. Transición. Derrotada.*) Está bien. Me rindo.

ESPERANZA. ¿En serio?

CARIDAD. (*Asiente.*) Ya me controlé.

FE. Júralo por la Virgen.

CARIDAD. Por la Virgen lo juro.

FE. Júralo por el alma de la niña que nos encontramos sobre aquel bote.

Silencio.

CARIDAD. (*Con gran dificultad.*) Lo juro.

ESPERANZA. (*Después de una pausa.*) Antes de liberarte quiero que sepas algo. También yo he visto a esa mujer que dices y sin embargo no he perdido el control. (*Soltando el extremo de la red que sujeta.*) El control, Caridad, es un ejercicio.

FE. (*A Esperanza.*) ¡No! ¿Tú también?

ESPERANZA. ¿También yo qué?

FE. También tú la viste.

ESPERANZA. ¿A quién?

FE. A la Virgen.

ESPERANZA. También yo vi a una mujer.

CARIDAD. (*Tímidamente, aún envuelta en la red.*) Por lo menos ya somos dos las locas, o las alucinadas como dice Esperanza que se dice.

FE. En todo caso tres.

CARIDAD. (*Sorprendida.*) ¿Tres?

FE. (*Asiente.*) Yo también he visto caminar por el agua a ese hombre, Caridad, y me callé para evitar conflictos.

CARIDAD. Vi a una mujer. No vi a un hombre, Fe.

FE. No importa, Caridad. Los santos son caprichosos. Se presentan de la manera que les parece. Yo también he visto caminar por sobre el agua a ese santo que dices, y que no es un santo, sino una santa.

CARIDAD. (*Animada.*) ¿Entonces, no es un espejismo?

FE. ¡No, Caridad, es la Virgen!

CARIDAD. ¿La Virgen?

FE. (*Asiente.*) La mismísima Virgen, que se ha compadecido de nosotras y nos viene a salvar.

CARIDAD. ¿Tú crees? (*Fe asiente.*) ¿Entonces, no estoy loca?

FE. No, Caridad. ¡Estás iluminada!

CARIDAD. ¿Iluminada?

FE. Las tres estamos iluminadas. ¡Iluminadas por la Virgen!... ¡Iluminadas, Caridad!

Fe y Caridad comienzan a pasearse, con los brazos abiertos y las cabezas levantadas hacia lo alto, por toda la balsa, en éxtasis, disfrutando de la iluminación. Esperanza analiza los nudos de la soga del mástil en que permanece enrollada la vela.

FE. ¡Nos está ocurriendo el mismo milagro que les ocurrió a los tres Juanes en su tiempo! No por gusto éramos dieciocho y sólo quedamos tres sobre esta balsa.

CARIDAD. ¡Una blanca, una mulata y una negra! ¡Igual que en el cuento, igual, lo mismo, igual, igual!

FE. ¡Hay que rezar! (*Se deja caer de rodillas.*) ¡Yo aquí! ¡Tú allí, Esperanza! ¡Y tú en el centro, Caridad, como en la medalla! (*Muestra la medalla que lleva en el pecho.*) ¡Arrodíllate, Esperanza! (*Esperanza se coloca, de mala gana, en el sitio que Fe le seña-*

la y se arrodilla.) ¡Ahora tú, Caridad! (*Caridad se arrodilla en el centro.*) ¡Así, así! ¡Allí la blanca, aquí la mulata, y en el medio la negrita!

CARIDAD. ¿Y los remos? Ustedes dos tienen que remar mientras yo rezo. Mira la medalla. Así está en la imagen.

ESPERANZA. Además, eran tres Juanes, no tres Juanas.

FE. ¡Lo importante es la Fe! ¡La Fe, Caridad! ¡La Fe, Esperanza! ¡Verán cómo esto se mueve, cómo salimos de aquí! (*En tono de súplica.*) ¡Patrona de Cuba, Santísima Virgen, haz que sople el viento, el viento del Sur! ¡Aparta los sargazos! ¡Te lo pedimos en nombre de las almas que salvaste aquella vez! En nombre de Juan de Hoyos, de Rodrigo y Juan Moreno, ¡aparécete aquí, como te apareciste aquel día, sobre aquella canoa a la deriva en medio de aquella tempestad!

Silencio. Cierra los ojos y reza en voz baja. Caridad la imita. Esperanza se ha incorporado y está junto al mástil tratando de desenrollar la vela, haciendo esfuerzos inútiles por zafar el nudo de la sogá, que supuestamente hace funcionar el mecanismo.

ESPERANZA. Si sopla el viento de pronto y no hemos logrado desenrollar la puñetera vela, ni la Virgen nos va a poder salvar. (*Refiriéndose al nudo.*) ¿Cómo era que lo hacían? ¡Los hombres tienen cada secretos! Lo poco que sé de mar y de barcos tuve que aprenderlo por mi cuenta. (*Molesta.*) ¿Cómo lo hacían? ¡A nosotras nos toca vigilar los huevos, el tanque del agua y cargar con las frazadas!... Si preguntas demasiado puedes caer mal y hasta quedar-

te en tierra... ¿Cómo era? (*Transición. Respira hondo.*) ¡Control, Esperanza, control!...

CARIDAD. (*Que se ha incorporado y se acerca a ella.*) A mí me parece que no viste nada. Tú no viste a la Virgen, Esperanza. Me sigues la corriente para que no me altere, pero no soy boba. ¿A ver, cómo era? ¿Cómo era la Virgen?

ESPERANZA. No sé, no me acuerdo. Me impresioné. Cerré los ojos.

FE. Cuando la Virgen llega nadie cierra los ojos, porque el temor desaparece y lo único que deseas es que no se te vaya y si se va a ir, que te lleve con ella a la Felicidad.

ESPERANZA. Tenía el pelo negro, negro y lacio. De eso sí me acuerdo, largo y muy lacio.

CARIDAD. Todas las vírgenes tienen pelo lacio.

FE. No viste nada.

ESPERANZA. ¡Sí la vi!

FE. ¿Y por qué lo niegas? Ni siquiera esperas que cante el gallo. Escupes tu propia aura, la iluminación que se te ofrece. ¿Hasta dónde va a llegar tu «Fanatismo Científico»?

ESPERANZA. (*Tajante.*) Dije que vi una visión, no dije que vi a la Virgen. ¡Estoy tratando de que comprendas, Caridad, de que comprendan, que en esta situación las alucinaciones son normales! Desde que nos quedamos presas en este mar estás viendo a esa mujer y eso se le graba a una aquí. (*Se palpa la sien con las yemas de los dedos significativamente.*) Es muy probable que yo estuviera medio dormida. ¡Óyeme a mí! La única manera de no volverse loca en esta situación es estar convencida de que una no está loca. ¿Entiendes?

CARIDAD. Entiendo. Pero me da miedo. No se por qué todo esto que dices me da miedo.

FE. Porque ella rechaza a la Virgen y la Virgen la rechaza a ella. Por eso tú la rechazas también, como la rechazo yo. Antes era yo sola la que no podía, pero ahora Caridad tampoco puede. ¡No podemos contigo, Esperanza! ¡Estás yendo en contra del colectivo, del colectivo, sí, de la masa!

Hace ademán de avanzar agresivamente hacia Esperanza. Ésta recoge del suelo el machete que Fe había estado afilando y se pone en guardia.

FE. ¿Quieres cortar? ¿Dime? ¿Quieres cortar? ¡Pues corta, corta! ¡Arriba, corta! ¡Corta, degenerada, corta, demonio, corta!... Y cuando me tengas bien muerta, pero bien muerta, como te gusta a ti, haz conmigo lo mismo que hiciste con la niña que nos encontramos en la balsa. ¡Tírame al mar!

Silencio.

ESPERANZA. La niña estaba muerta.

FE. ¡Muerta!

ESPERANZA. ¡Muerta! Por mucho que hice, no respiró.

FE. Sí respiró, que yo la vi.

ESPERANZA. ¿En qué momento?

FE. La vi.

ESPERANZA. ¿Cuándo?

FE. No te importa.

ESPERANZA. Sí me importa.

FE. Pues entonces pregúntalo en la misa.

ESPERANZA. ¿En qué misa?

FE. En la que tendrás que hacer si nos salvamos, porque su espíritu no va a dejarte en paz.

ESPERANZA. Le tomé el pulso. La sacudí. No reaccionó. Tú eres testigo, Caridad. Estaba fría, morada y fría.

FE. Y nos llevamos su agua y nos comimos sus galleticas...

ESPERANZA. ¿Qué podíamos hacer? La tormenta nos dejó sin nada y a ella no le hacía falta.

FE. ¿Cómo puedes cubrirte todas las noches con la misma frazada en la que estaba envuelta?

ESPERANZA. No tengo nada de qué arrepentirme. Hice todo lo que se puede hacer.

FE. ¡Teníamos que haberla traído con nosotras!

ESPERANZA. ¿Cuánto tiempo?

FE. ¡Hasta el fin!

ESPERANZA. ¡Era un cadáver!

FE. ¡Era una niña!

ESPERANZA. ¡Una niña muerta!

Silencio. Esperanza se queda mirando hacia el mar o hacia la noche unos instantes. Apesadumbrada, se dirige al mástil como una autómatas y de igual forma se pone a observar el nudo de la cuerda que aprisiona la vela. Fe se abalanza súbitamente sobre ella, por su espalda, sin dar tiempo a nada. El machete cae al suelo.

FE. (Rodeándole el cuello a Esperanza con el brazo y apretándola contra el mástil.) ¡Quieta, que te afijas! ¡Trae una soga, Caridad!

CARIDAD. (Saliendo de su perplejidad.) ¿Para qué?

FE. Para amarrarla. (A Esperanza, que casi no puede respirar ni moverse.) ¡Quieta! (A Caridad.) ¡No vamos a dejar suelto el demonio! ¡Muévete!

Caridad comienza a dar vueltas a la soga que recogió de algún lugar, alrededor del cuerpo de Esperanza.

FE. ¡Déjame el nudo a mí! (*Transición. Separándose de Esperanza, con mucha ternura.*) Lo hacemos por tu bien, por ayudarte y por ayudarnos. (*Haciéndole el nudo en la espalda.*) Salvándote a ti nos salvamos todas. ¿No es así, Caridad?

Caridad responde con un gesto vago entre afirmativo y negativo.

FE. Estás provocando, con tu falta de fe, que se desate la cólera de la Virgen. ¡La cólera no, su indiferencia, que es peor! Así no se va a aparecer por aquí, ni la Virgen ni ningún otro santo. Mientras no te arrepientas vas a seguir ahí. Sin comer nada, ni tomar agua. (*Se persigna.*) ¡Dios me perdone, pero no me queda más remedio! ¡Tienes que arrepentirte de verdad, de corazón, Esperanza, porque te vas a pudrir ahí, con el dolor de mi alma!

ESPERANZA. (*Muy débil.*) ¡Auxilio!

FE. No es auxilio eterno lo que necesitas. Es auxilio interior. ¿No es así, Caridad? (*Caridad repite el mismo gesto vago.*) Te convendría para empezar, rezar unas cuantas Avemarías y otros tantos Padrenuestros... Sí, es lo primero que vas a hacer.

ESPERANZA. No.

CARIDAD. ¿Qué trabajo te cuesta?

ESPERANZA. ¡No, Caridad!

CARIDAD. ¡No seas bruta!

ESPERANZA. ¡No lo voy a hacer!

FE. ¡Paciencia, Caridad! Deja que amanezca y el sol se acuerde de que es el Rey del trópico. ¡Ese suplicio no lo soporta ni Juana de Arco!

CARIDAD. Yo sé que es muy difícil para una gente como tú, Esperanza, porque además eres muy orgullosa. Pero te pido que recapacites.

ESPERANZA. ¿Tú crees que la Virgen se va a aparecer porque yo rece el Avemaría?

CARIDAD. No se espera a la Virgen, se espera su milagro. ¡Razona!

ESPERANZA. (*Transición.*) Bien, voy a rezar un Padrenuestro y un Avemaría y si no sopla el viento del Sur y esta maldita balsa no se mueve, me zafan ahora mismo de este palo. ¿Oyeron?

FE. No siempre los milagros se producen al instante. Hay que pensar también en el futuro.

ESPERANZA. Si creyera en el futuro no estaría sobre esta balsa, en el mar de los Sargazos y amarrada a un palo.

CARIDAD. Tenemos prueba. No soy como tú, ni como Fe. A veces creo y otras ni me acuerdo. Pero tengo que reconocer que cuando la tormenta nos dejó a las tres solas, sin agua ni comida, esa que está ahí, hizo lo mismo que está haciendo ahora...

Fe se ha puesto de rodillas y reza en voz baja.

CARIDAD. Y vino hacia nosotras la balsa abandonada, con esa agua que está ahí y esa caja con huevos y galletas. Otros se mueren de hambre, se toman los orines, se deshidratan. (*Pausa.*) Lo de la niña fue duro. Pero también es cierto que el tipo con cara de presidiario que nos asaltó, pudo habernos dejado sin ninguna comida y nos dejó la mitad. Está bien, nos

quedamos sin remos y sin brújula. ¿Pero y si mañana salimos de esta situación, si nos salvamos, quién puede negar que Fe tenía razón, como la tuvo aquella vez? *(Se arrodilla y reza igual que Fe.)*

ESPERANZA. *(Después de una pausa.)* Quieres ser la jefa, por eso has provocado este motín. A mí no me engañas, me tienes envidia.

FE. *(Transición. Incorporándose.)* ¿Qué tengo yo que envidiarte a ti?

ESPERANZA. Mi pelo y mi color. Me envidias porque soy blanca y no quieres ser mulata.

FE. *(Volviendo a ponerse de rodillas.)* ¡Contrólate y reza, que te conviene!

ESPERANZA. ¡No pienso abrir la boca!

CARIDAD. Bueno, si no quieres rezar para afuera, como dice Fe, reza para adentro, pero reza.

Silencio. Fe y Caridad hablan en susurro.

FE. ¿Cerró los ojos?

CARIDAD. Abiertos no los tiene.

FE. ¿Nos habrá hecho caso?

CARIDAD. Por lo que se ve...

FE. Ésa no sabe obedecer, no puede.

CARIDAD. Cara de rezo tiene.

FE. No, le tiemblan los labios.

CARIDAD. Parece que sí, un poquito.

FE. Ni siquiera está pálida.

CARIDAD. ¿Es obligatorio cambiar de color?

FE. Claro, Caridad, la lucha es la lucha.

CARIDAD. ¿Qué lucha?

FE. La que tendría que haber en su interior entre las fuerzas del mal y del bien.

CARIDAD. Mirándola más detenidamente, se ha puesto más blanca.

FE. Debe estar pensando en cómo se suelta. Hay que asegurarle el nudo.

Intenta hacerlo. Caridad la sujeta. Luego se incorpora y se dirige a Esperanza.

CARIDAD. *(Después de tratar de escuchar el supuesto rezo sin conseguirlo.)* ¿Rezas?

ESPERANZA. Rezo.

CARIDAD. ¿Qué rezas?

ESPERANZA. El Avemaría.

CARIDAD. *(Transición. Satisfecha.)* ¡Muy bien! ¡Bárbaro! Cuando termines, rezas el Padrenuestro y concluido el pleito. ¿Verdad, Fe?

Silencio. Esperanza continúa con los ojos cerrados. Fe se desplaza alrededor de ella, observándola con gran detenimiento, de arriba abajo.

FE. *(Transición. Bruscamente.)* ¿Por dónde vas? *(Esperanza abre los ojos sorprendida sin atinar a responder.)* ¿Por qué parte de la oración? ¡Dime!

ESPERANZA. *(Haciendo un gran esfuerzo por controlarse.)* Por «Bendita seas entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre»... *(Transición.)* Si quieren se los digo en alta voz.

FE. No es a nosotras a quien se lo tienes que decir. Es a ti misma.

ESPERANZA. ¿Entonces en silencio?

FE. No, en voz alta, para saber lo que estás diciendo.

ESPERANZA. «Dios te salve María,
llena eres de gracia,

el señor es contigo.

Bendita tú eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre...».

FE. (A *Caridad*.) ¿Y quién me asegura a mí que lo está diciendo de corazón?

CARIDAD. A mí me suena sincera.

FE. ¿Y lo que está dentro de su cabeza?

CARIDAD. ¡Ay, Fe!

FE. ¿Cuántas veces una misma no ha tenido que gritar montones de cosas sin sentir nada? ¡Arriba esto, abajo lo otro! ¡Viva Zutano! ¡Muera Mengano!...

CARIDAD. Por algo hay que guiarse...

FE. ¡Ahí está el problema! Si una se equivoca, si su mente sigue funcionando igual, sí que perdimos. Porque a nosotras nos puede engañar, pero a la Virgen no.

CARIDAD. Está llorando.

Fe se acerca a Esperanza y lo comprueba.

FE. (Transición. *Conmovida*.) ¿Tú crees que soy mala, Caridad? ¿Tú crees que no me duele? Pero no me puedo llevar por mis sentimientos. No se trata de mí, ni de ti, ni de ella. Es algo mucho más grande que nosotras. ¡Con los Santos no se juega, Caridad!

ESPERANZA. (Con *dificultad*.) ¡No estoy jugando!

FE. Hasta hace un momento eras atea.

CARIDAD. ¡Pero ya no!

FE. ¿Quién se lo cree?

CARIDAD. Yo lo creo. ¿Por qué esas lágrimas no pueden ser otro milagro de la Virgen? (Se dispone a desatarla.)

FE. (Tratando de impedirselo.) No hay que leer la Biblia para saber que el Diablo se presenta de miles de maneras.

CARIDAD. Por lo mismo.

FE. (Transición. *Sorprendida*.) ¿No estarás pensando?...

CARIDAD. ¿Y por qué no? ¿Quién me asegura a mí que el Diablo no eres tú? (La amenaza con el machete que ha recogido del suelo.) ¡Cualquiera de nosotras puede ser cualquier cosa!

FE. ¡No la desates, Caridad!

ESPERANZA. No le hagas caso. ¡Óyeme a mí!

FE. ¡Nos va a hundir a las dos! ¡Es una fanática!

ESPERANZA. Te está utilizando porque le conviene. Pero si llegamos te va a dar tres patadas. ¡Es una racista!

FE. No tengo nada en contra de los negros.

CARIDAD. Tú eres medio negra.

FE. ¡A mucha honra! Pero no soy prieta.

ESPERANZA. (A *Caridad*.) ¿Ves cómo le duele?

FE. ¡No me duele nada! (A *Caridad*.) Se está aprovechando de tus complejos.

CARIDAD. (Transición. *Molesta*.) ¿Y quién te dijo que tengo complejos? ¡Ni complejos, ni quiero ser blanca! (Con orgullo real.) Eso sería antes de descubrir que me parezco mucho a Whoopi Goldberg. (Se dispone a soltarla de una vez.)

FE. ¡No toques ese nudo, Caridad! ¡Te vas a arrepentir!

CARIDAD. (Amenazando a Fe con el machete.) ¡Busca la manera de irte haciendo un techito donde no te dé el sol, no sea que te pongas más prieta todavía, aspirante a blanquita! (Va a zafar el nudo, pero cae un rayo en ese momento muy cerca de la balsa. Se aparta de Esperanza soltando súbitamente el machete.)

FE. ¡Te lo advertí!

CARIDAD. (Transición. *Nerviosa*.) ¡Cállate, Fe!

FE. ¿Quieres que en vez de una tormenta nos caiga encima un huracán?

CARIDAD. ¡Quiero que te calles!

ESPERANZA. (A Caridad.) ¡Recoge el machete!

CARIDAD. (Sin prestarle atención.) ¡Y que te calles tú! ¡Es lo que deseo, que se callen las dos, que se calle todo el mundo! (Se sienta sobre cualquiera de los objetos diseminados sobre la balsa, después de cubrirse con su frazada. Relampaguea.)

FE. (Mientras despoja el sitio con agua imaginaria.) Hay que echar los huevos en ese tanque de agua, y este frasco de miel de la tierra, y este perfume. (Toma de dos sitios diferentes sendos frascos.) Mezclarlo todo y hacer un buen despojo, una buena limpieza con agua salvadora. (Coloca en el suelo los dos frascos. Se acerca a la caja de donde se supone que están los huevos y las galletas.)

FE. (Se dispone a abrir la caja. Transición.) ¿Dónde está la llave de los comestibles? (Se dirige a Esperanza y zafa el nudo del cordón de llave que ésta tiene colgada del cuello. Se dirige a la caja otra vez.)

ESPERANZA. ¡No puedes hacerlo, no puedes! ¡No tenemos más agua! ¡No puedes, Fe, ni más comida!... ¡No se lo permitas, Caridad! (Caridad no reacciona. Transición. Grita.) ¡Caridad! (Transición. Implorando.) Lo que tú ordenes, Fe, lo que tú ordenes. Vamos a hacer lo que tú ordenes. ¡Pero el agua no, la comida no! (Transición. Grita más alto.) ¡Despierta, Caridad!

Caridad permanece envuelta en la frazada, absolutamente ajena a lo que ocurre. Fe ha sacado de la caja los tres huevos y un gran bolso plástico transparente, con restos escasos de ga-

lletas. Deposita los huevos ceremoniosamente dentro del tanque con agua y de igual modo vierte el contenido del bolso plástico. Luego derrama dentro el perfume y la miel de los frascos.

FE. ¡Un buen despojo es lo que hace falta! (Se dispone a despojarse con el agua del tanque.)

ESPERANZA. (Con todas las fuerzas de que es capaz.) ¡Caridad! (Fuera de sí.) ¡Me cago en ti! ¡Me cago en el cielo! ¡Me cago en Caridad! ¡Me cago en la Virgen!

Caridad sigue inmutable. Fe comienza a rociar su cuerpo y el espacio con el agua que extrae del tanque, con sus manos temblorosas, mientras musita palabras ininteligibles. De repente, una figura de mujer parece irrumpir del fondo del tanque o brotar de la llovizna producida por la acción desesperada de Fe, cayendo súbitamente junto al tanque. Es Ochún. Viste de amarillo, un vestido pegado a la piel, que destaca su cuerpo de sirena. Zapatos de tacón alto, plateados, pero con algún motivo amarillo también. Usa cadenas, pulseras, brazaletes de cobre, en tal cantidad que sus movimientos producen un sonido muy particular. Sensual, cadenciosa, lleva aretes enormes y sortijas de cobre. Cabello abundante y encrespado, una mujer morena, detenida para siempre en esa edad indefinida que la hace cada vez más atractiva y misteriosa.

OCHÚN. (Después de respirar profundamente, como quien regresa a su hogar luego de un largo viaje.)

«Fui al mar a buscar naranjas,
cosa que la mar no tiene.
Metí la mano en el agua,
la esperanza se mantiene».

Se sienta sobre un bulto cualquiera, pero con la elegancia de una Reina que se sentara sobre su trono. Abre el abanico amarillo, que tiene en la mano y se echa fresco unos instantes. Las tres mujeres no atinan a pronunciar una palabra.

OCHÚN. (*Transición. Cerrando bruscamente el abanico y adoptando una pose mediativa.*) ¿Quién fue primero... el autoritarismo o el anarquismo? (*Transición. Abre otra vez el abanico y se pasea de un lado a otro, echándose fresco, sin dejar de reír, después de soltar, inicialmente, una carcajada.*) Si yo fuese humana apostarí a favor del anarquismo. Sobre todo del primer estatuto, de ese manifiesto de la felicidad, donde se dice que cada persona es libre de hacer lo que le plazca, e inmediatamente queda aclarado que nadie se encuentra en la obligación de cumplir, para nada, con el estatuto mencionado... ¡Ay, los anarquistas! (*Transición. Cerrando bruscamente el abanico.*) Lo malo es que nunca se han puesto de acuerdo. (*A las mujeres.*) ¿Por qué ustedes saben dónde está el secreto de la felicidad? Ay, mujeres, el secreto de la felicidad no está en el Sur, ni está en el Norte. El secreto de la felicidad está... (*Transición. Mira al cielo.*) ¡No puedo revelarlo! (*Se acerca a Esperanza.*) De todos los Fundamentalismos, el más peligroso, para mí, es el religioso. ¡El cielo debería intervenir! (*Transición. Al cielo, disculpándose.*) Es mi humil-

de opinión de «Santa Caribeña». (*A las mujeres.*) ¿Bueno? (*Las mujeres continúan atónitas, guardando silencio y sin poder realizar el menor movimiento.*) ¡Llegué!

Corre a cubrirse inmediatamente con una frazada. Esperanza y Caridad salen también, casi al unísono, de ese estado. Esta última se cubre la cabeza, como si lloviese, con un pedazo de poliespuma.

ESPERANZA. (*A la Virgen, haciendo acopio de todo su valor.*) «No más salvadores supremos, ni César, ni burgués, ni Dios»... ¡Yo lo canté! Estoy bautizada clandestinamente y lo canté. Soy materialista de formación y atea por convicción. Pero jamás me burlé de ningún creyente. Más bien los ayudé, cuando aún no se podía. Puedes preguntarle a una vecina mía que yo quería mucho. Pregúntale a su alma quién le llevó al cura antes de morir como ella pidió. ¡Pregúntale, pregúntale!... O si no le puedes preguntar también al alma del profesor aquel... ¿Cómo se llamaba? Uno que quisieron expulsar de la Universidad por religioso, y yo me opuse... ¿Cómo se llamaba? (*Molesta consigo misma.*) Pero si estuve hasta en su entierro después que se ahorcó, y también me querían expulsar a mí. ¿Cómo se llamaba aquel profesor con nombre de Santo? (*Transición. Lo recuerda.*)

FE. ¡Aguabella!

ESPERANZA. ¡Pablo Aguabella! ¡Era metodista! ¡Pregúntale a su alma si fui una marxista abusadora o no!...

OCHÚN. (*Al cielo, encogiéndose de hombros.*) ¡En fin! (*A ellas.*) Por ahora liberemos a la Esperanza, para que

junto a la Fe y la Caridad, se recupere la armonía perdida.

Desata del mástil a Esperanza. Ésta se deja caer de rodillas sobre el suelo, con los brazos en cruz.

ESPERANZA. ¡Amén!

Fe y Caridad se mantienen en sus sitios. Silencio.

FE. *(Después de persignarse, decidida, pero sin atreverse a mirar a Ochún.)* ¿Quién eres?

Silencio.

CARIDAD. *(Persignándose también y sin valor para mirar a la Virgen.)* ¿Quién eres tú?

FE. ¡Ay, coño, la Virgen!

Silencio. Ochún comienza a cantar en tono celestial el Ave María de Schubert. A medida que lo hace, Fe, Esperanza y Caridad van perdiendo el temor hasta llegar al júbilo. Las tres recogen rápidamente, mientras hablan, algunas de sus pertenencias.

ESPERANZA. ¡Todavía no se ve la costa!

FE. Pero estamos cerca. ¡No se desesperen!

CARIDAD. ¿Aquello es una gaviota?

ESPERANZA. ¿Qué cosa?

CARIDAD. ¡Allí!

FE. Es una nube, Caridad.

CARIDAD. ¡Tiene que ser una gaviota!

ESPERANZA. *(Saca la bolsa de las piedras y la besa.)* Gracias, gracias, gracias.

FE. *(Refiriéndose a la bolsa que Esperanza tiene en la mano.)* ¿Y eso?

ESPERANZA. Unas piedras del Muro de Berlín. Son mis amuletos. Me los mandaron de Alemania. *(Vuelve a guardar sus piedras en el bolsillo.)* No se ve nada.

FE. Pero se siente la cercanía. *(Refiriéndose a la costa.)*

ESPERANZA. ¡Huele a brea! ¡La noche huele a brea!

Respiran profundo las tres.

CARIDAD. ¡Es la costa! ¡Tenemos que estar llegando a la costa!

La Virgen ha dejado de cantar.

FE. Hay que hacer algo para que nos vean, no sea que tropecemos con los arrecifes.

Hacen señales con sus pañuelos.

ESPERANZA. *(Grita.)* ¡Aquí estamos!

FE. ¡Somos tres!

CARIDAD. ¡Tres mujeres vivas! ¡Help!

ESPERANZA. *(En ruso.)* ¡Pamaguitie payalusta!

FE. ¡Aide Neus! ¡Sil vous plaît!

Realizan todo tipo de señales con jirones de sus propios harapos.

OCHÚN. *(En tono más alto.)* Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: «He aquí que el pueblo es

uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje: y han comenzado la obra y nada les hará desistir de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda la de su compañero».

Silencio. Las tres mujeres han dejado de hacer señales y permanecen observando a Ochún, confundidas.

OCHÚN. Ni hay gaviotas ni el aire huele a brea. Seguimos estancadas en el mar de la necesidad, lejos de la Costa de la Felicidad que se imaginan y que no puedo concederles porque no me es dado realizar ese tipo de prodigios. ¡Despierten, mujeres, no hay milagro!

Silencio.

ESPERANZA. ¿Cómo que no hay milagro? Tiene que haber milagro.

FE. ¿Pero qué más milagro que aparecer como apareciste?

CARIDAD. ¡Caída del cielo, salida del agua!

OCHÚN. Del agua sí, del cielo no. ¡No me busques trifulcas con lo alto!

ESPERANZA. Es un milagro como el de la canoa y los tres Juanes.

FE. ¡Qué canoa ni qué tres Juanes! Es un milagro muchísimo mayor. Está al nivel del Manto Sagrado. Se lo discuto yo al Papa.

CARIDAD. (A Ochún.) ¡No me digas que es un espejismo, porque te estamos viendo las tres!

FE. Es un milagro y lo discutimos donde se tenga que discutir.

ESPERANZA. Por supuesto. (A la Virgen.) Nos da lo mismo Oxford que el Vaticano, para que nadie se confunda. ¡Es un milagro! ¡Nuestro milagro!

Silencio.

OCHÚN. Estoy concebida para saltar alegremente sobre la tierra, convertida en arroyo, laguna, río. Pero no me dejan. Lo mismo me encierran en un tanque que en una botella, que en cualquier recipiente plástico que encuentren y me encaraman, sin pedir permiso, en la primera cosa que flote. (Transición. En secreto.) No se desesperen. El día llegará en que el gran éxodo no sea de Sur a Norte, sino de Norte a Sur.

CARIDAD. Tú serás eterna, pero nosotras no.

ESPERANZA. Necesitamos milagros concretos, no a largo plazo.

OCHÚN. «Vivir al día mata la imaginación». Ha dicho un sabio.

ESPERANZA. «Nadie ha visto a mañana». Dijo el poeta.

CARIDAD. (Tajante.) ¿Y el milagro qué?

FE. ¡Sí, sí sí! ¿Qué hay con el milagro?

OCHÚN. ¡Y yo qué sé!

FE. ¿Cómo que no sabes?

ESPERANZA. ¡Tienes que saber!

CARIDAD. Para eso eres la Virgen.

OCHÚN. Han olvidado que la potestad sobre las aguas fundamentales no es sólo mía. La comparto con mi hermana Yemayá. Ella es la encargada del agua salada y yo la encargada del agua dulce. Y estamos en el mar. (Al cielo.) Así se ordenó y así continua-

rá. (A ellas.) No puedo intervenir en asuntos que no son de mi incumbencia.

Silencio.

ESPERANZA. Podrían llegar a un acuerdo.

FE. (Asiente.) En definitiva, son hermanas.

CARIDAD. Es la misma sangre y el agua es de las dos.

FE. ¡Habla con ella!

ESPERANZA. ¡Convéncela!

CARIDAD. Tú puedes hacerlo personalmente.

OCHÚN. ¡No somos personas!

FE. (Implorando, de rodillas.) ¡Ay, Virgencita, si salgo de aquí, voy a regalarte un manto con incrustaciones de esmeralda y rubí!

OCHÚN. ¿Rubíes, esmeraldas? ¿Vas a hablar con el alma de Jacqueline Onassis?

FE. (Transición. Incorporándose.) Voy a ganarme la lotería.

OCHÚN. ¿Quién te lo dijo?

FE. La Virgen, en sueños...

OCHÚN. ¿Qué Virgen?

FE. La Virgen. ¿Cuál Virgen va a ser? (Transición. Se da cuenta. Rectifica.) ¡Tú misma! ¡Tú!

Ríen. Caridad le ofrece ron a la Virgen de una botella que ha sacado de algún sitio. Beben. Transición. Ambiente de bar. Están ebrias. Cantan. Primero la Virgen, luego se irán uniendo las otras una a una.

TODAS. «Amiga, ¿qué tal te va el presente, dime si hallaste alguna gente que llene tus rincones?».

ESPERANZA. (Transición. En trance.) ¡Ay! ¡Yeyeo, maferefú aloroldi!

OCHÚN. (Transición. Molesta.) ¡Histeria no! ¿Por qué me piden que solucione lo que no está en mis manos? (Al cielo.) Con los santos católicos es diferente, los santos blancos conservan sus poderes por escrito. Todo el mundo sabe que se les puede pedir a cada uno. A nosotros no, a nosotros nos piden cualquier cosa, en cualquier momento, sin la menor solemnidad. Como no tenemos ni templo ni Biblia, no salimos del caos. (Las mujeres hacen ademán de arrodillarse. Ella lo impide.) ¡Aquí nadie se arrodilla, que no se está hablando de eso! (Transición. Más suave.) Pero alguna distancia habrá que guardar.

¡La condición insular de una santa no autoriza a los devotos a caer en el relajó! (Al cielo.) Debe ser que como una no es europea, pero tampoco africana, la membresía tiende a confundirse. (Le dicen algo de arriba.) ¿Qué? No soy ninguna mezcla, que las culturas no pueden mezclarse tan fácilmente como se mezcla el ron y la Coca Cola... ¡Bueno, bueno, bien!... ¡Pero mezcla no!... ¡Ni híbrido tampoco! Los santos blancos también son mezcla de muchas cosas y no se les acusa de sincretismo. Ni Santa Católica, ni Orisha Africana. Santa Cubana y punto. A mucha honra. Caridad del Cobre oficialmente y Ochún, a secas, para mis amigos. (A ellas.) Y para que no continúen insistiendo, me voy a retirar por donde (al cielo.) Con permiso.

Intenta introducirse dentro del tanque. Ellas se lo impiden.

CARIDAD. ¿Y si no tienes poder sobre el mar, cómo puedes caminar por encima de las olas?

OCHÚN. (*Transición. Sorprendida.*) ¿Quién dijo que yo camino por encima de las olas?

Silencio.

ESPERANZA. ¡Pues si no eres tú tiene que ser Yemayá, la dueña del mar que nos viene a salvar, que no se acercó por mi ateísmo! Por eso te mandó a ti para darnos una prueba.

OCHÚN. Ni mi hermana camina por encima del agua, porque no le gusta mojarse los pies, ni acostumbra a mostrarse convertida en mujer y en hombre mucho menos, ante ningún mortal nacido de mujer. Lo que vieron fue a la muerte, pero no se preocupen, que ella no ataca cuando uno la ve, porque le gusta la sorpresa. Yemayá no puede ser, porque ella está furiosa y cuando Yemayá se pone furiosa es preferible que no intervenga.

Silencio.

CARIDAD. ¿Y si no interviene, qué vamos a hacer?

Silencio largo.

FE. Nos queda un camino: morir sin sufrimientos. (*A la Virgen.*) Para eso estás tú. (*Transición. Se le ocurre de pronto.*) Tienes que conocer alguna manera de hacernos pasar del sueño al Paraíso, sin dolor. ¡Empieza por mí!

ESPERANZA. ¡No, no, no, por mí! ¡Si hay que morir, quiero morirme ya!

CARIDAD. ¿Y por qué no nos morimos las tres juntas?
FE. Una vez le oí decir a un militar que lo más terrible del fusilamiento, era ver caer antes que uno a su compañero y que por eso los generales siempre van primero.

ESPERANZA. Bueno, bueno, bueno. ¡Las tres a la vez!

Se acuestan, al fin, de bruces sobre el suelo. Ochún observa la escena, estremecida. Silencio.

OCHÚN. (*Al cielo, dolida.*) ¿Ves? Están preparadas para la inmólación. ¡Piensan que el suicidio es la quintaesencia del libre albedrío! (*Se pasea entre ellas abanicándose.*) Pecadoras, ¿cómo pretenden pasar al Paraíso sin confesión?

FE. (*Alzando la mano sin incorporarse.*) ¡Cobardía!

CARIDAD. ¡Hipocresía!

ESPERANZA. ¡Racismo!

OCHÚN. No estoy autorizada para otorgar ese tipo de perdones. (*Transición. Autoritaria.*) Hay que descifrar el enigma. ¿Qué se puede hacer cuando no hay nada que hacer? ¿Qué se puede esperar cuando no hay nada que esperar?

Silencio largo.

ESPERANZA. Reflexionar.

CARIDAD. (*Tímidamente.*) Reencarnar.

FE. Podríamos morirnos sin ser perdonadas. Y como no tenemos derecho al Paraíso, estamos obligadas a reencarnar.

ESPERANZA. La próxima vez regreso hombre.

CARIDAD. ¡Y yo también!

FE. ¡Y yo!

CARIDAD. ¡Hombre y blanco!

ESPERANZA. ¡Blanco y del Norte!

FE. ¡De cualquier lugar menos mujer!

Se vuelven a acostar.

OCHÚN. (*Transición. Furiosa.*) ¡Cállense, infelices! ¡Cállense o me voy!

Ellas se incorporan.

OCHÚN. (*A las tres, en secreto.*) Nosotras somos la revolución, la verdadera revolución del siglo. Aún no se reconoce, pero muy pronto se reconocerá, cuando llegue la era de las Papisas. Porque el mundo va a tener su primera Papisa, exactamente en el año que yo sé y por supuesto no les puedo revelar. (*Transición. Se sube a un tanque plástico. Habla en tono de arenga, como si se dirigiese a una multitud.*) ¡Hablo en nombre de Indira, Rigoberta y de la Madre Teresa de Calcuta! ¡No hablo en nombre de las ejecutivas feministas que dejan de serlo en el verano, cuando abandonan sus oficinas, masivamente, en busca de negros y mulatos del trópico! No levanto mi voz por ellas. ¡No! Estoy levantando mi voz por Valentina, Marilyn, Evita y Josephine.

CARIDAD. ¡No te molestes! Si hay que volver mujer se vuelve mujer. (*A ellas.*)

Esperanza y Fe asientan. Silencio. Ochún se sienta sobre el tanque.

OCHÚN. Nadie puede morir cuando quiera, sino cuando se entienda. (*Al cielo.*) ¿Correcto? (*A ellas.*) Queda una sola posibilidad. ¡Una y sólo una! Es todo cuanto puedo hacer por salvarlas. ¡Pero eso sí, cambien esas caras! ... ¡Qué barbaridad, parecen náufragas! (*Se baja del tanque, baila como Ochún, ríe a carcajadas, se abanica, canta. Transición. Dejando de cantar, pero danzando.*) ¡No se puede ser hembra, del Sur y derrotista! (*Transición. Sin dejar de bailar y abanicarse.*) Sí, pensándolo bien, aún puede alcanzarse la Felicidad. (*Transición molesta, dejando de bailar. Al cielo.*) ¡Claro que lo sé, la Felicidad siempre es relativa! ¡Tú también! (*A ellas.*) Hay que recobrar el regocijo. En los peores momentos es lo que más ayuda. ¡Aleluya, mujeres, aleluya! (*Las mujeres no se mueven. Transición. Autoritaria.*) ¡Aleluya!

Las tres mujeres comienzan a bailar un rap. Se desplazan por todo el espacio. Ripian sus textos.

OCHÚN. (*Al cielo.*) ¿Y por qué rap? (*Le contestan.*) ¡Sí, comprendo, la «globalización».

FE. «Yo te dije que había que confiar, porque Ochún nos iba a rescatar».

CARIDAD. «Yo sabía que aquello era una prueba y que en el mar no nos iba a abandonar».

ESPERANZA. «Yo te pregunto, Ochún, Virgen del Cobre, qué es lo que tenemos que hacer».

OCHÚN. «Llegar a un acuerdo entre las tres, porque a la tierra deben regresar».

CARIDAD. (*Transición. Dejando de cantar y bailar.*) ¿Volver dijiste?

OCHÚN. Dije regresar. . .
FE. (A Esperanza.) ¿Qué dijo ella?
ESPERANZA. ¿Cómo dijo?
OCHÚN. ¡Regresar! Dije regresar.
CARIDAD. ¡Ay, se volvió loca!

Silencio.

OCHÚN. (Transición. Al cielo.) ¿Qué?... ¡Te equivocas! Yemayá no puede dejar de escucharme. Me tiene que escuchar. Tiene que escucharme porque soy su hermana. Y no va a negarles el regreso. No les puede negar el regreso por muy iracunda que se encuentre, no señor. La ira de los Santos tiene un límite y si no lo tiene... lo tiene que tener. Si acuerdan regresar, franca, sinceramente, pueden estar convencidas de que las escuchará, y en este mismo instante, desaparecerán los sargazos, soplará el viento sus violines, el agua se pondrá transparente y esta cosa empezará a moverse tan mágicamente que le dará envidia a la alfombra de Aladino. Son libres de elegir. ¿Regresan o no?

CARIDAD. ¿Y a dónde quieres que regresemos?

OCHÚN. Yo no quiero, sugiero.

ESPERANZA. ¿Y a dónde sugieres que regresemos?

OCHÚN. (Transición, violenta.) ¿Por qué se empeñan en no querer entender lo que entienden? ¿A dónde puede alguien regresar que no sea al mismo lugar del que partió?

CARIDAD. ¿Es un castigo?

OCHÚN. ¿A dónde sueñan llegar? «El tigre puede escapar de su jaula, pero no de su piel manchada». La xenofobia extiende sus cordones sanitarios alrededor de las ciudades para que no pase la peste del Sur.

(Pausa.) En fin, si no desean regresar, creo que estoy de más. (Se dirige al tanque de agua. Se apoya en el borde del mismo. Esta vez muy conmovida.) ¡Tal vez nunca debí salirme de mis aguas! Feliz destierro a la que llegue, si llega alguna. (Se va a meter en el tanque.)

FE. (Deteniéndola.) Yo creo que sí. Hay que regresar.

Silencio.

OCHÚN. (A Esperanza.) ¿Y tú?

ESPERANZA. ¿Yo?

OCHÚN. (Asiente.) ¿Qué piensas tú?

ESPERANZA. No estoy segura.

OCHÚN. Así no se puede. Se trata de tomar una decisión colectiva. (Al cielo.) Ya se que es muy difícil pedir eso, a estas alturas del desarrollo humano, pero nada se pierde con probar. (A ellas.) En este fin de siglo hay que ser absolutos. ¿No es así? El individuo o la masa. La masa o el individuo. (A ellas.) ¿Y?

CARIDAD. Yo también creo que hay que volver.

OCHÚN. ¡Volver y regresar parecen lo mismo, pero no lo son!

ESPERANZA. (Convencida.) Es mejor regresar.

Las tres mujeres se sujetan fuertemente a los restos de la baranda, preparándose para enfrentar el futuro embate de las olas.

ESPERANZA. ¿Y la vela?

OCHÚN. No hace falta.

FE. ¡Listas! (Pausa.) ¡Ochún, estamos listas!

Esperan.

CARIDAD. No nos movemos.

OCHÚN. (A Esperanza.) ¡Préstame las piedras del Muro alemán! (Toma las piedrecitas de la lata en que las guarda Esperanza y las agita entre sus manos. Luego las lanza al suelo, a la manera en que lo hacen los sacerdotes de la santería cubana, para la adivinanza.) Bien, hijas mías, sólo una pregunta: Welche von denen hier anwebemden personen äurem sich nicht klar über die rüchhehr? (Velche fon dénen jiar anvésenaen personen, oisean sick nicht clar iuba di riuckea? Danke chen.) (Transición. Recoge las piedras luego de hallar respuesta en la posición en que cayeron sobre el suelo y las guarda otra vez en la lata.) Una de las personas aquí presentes no está expresándose sobre el regreso con absoluta transparencia. No hay sinceridad absoluta, falta transparencia. Lo dicen las piedras del mundo ése, y si no hay absoluta sinceridad, esta mierda no se mueve.

Silencio.

FE. ¿Qué pasa, Esperanza? ¿Caridad, qué pasa? ¿Qué les pasa a las dos, quieren morir en serio, con dolor?

ESPERANZA. No puedo asegurar que no voy a intentarlo otra vez, y regresar quiere decir eso. ¿No lo entiendes?

FE. ¿Te parece poco lo que hemos pasado? ¿No te basta!

ESPERANZA. No puedo, no sé, ni quiero estar allá. No tengo esperanzas, no encuentro la manera de hacer lo que yo quiero. No sé cómo se alcanza, allá dentro, la Felicidad. Es más, aunque lo supiera, aunque pudiera, no quiero estar allí. No lo soporto, ¿en-

tiendes? No lo aguanto, Fe, me da claustrofobia. ¡No quiero, no puedo! No sé qué va a pasar cuando tenga que estar una semana, sólo una semana encerrada allí... ¡No puedo!... (Transición. Con mucho valor, al cielo.) Yo no sé si tengo razón o no, sólo sé que tengo una sola vida. No puedo verte como te ve la Virgen, pero se que me oyes. ¡Tienes que oírme! Tu sólo, sólo tú puedes saber si es un karma o un castigo lo que estamos pagando o en realidad somos el pueblo elegido, los llamados por tí a resistir la furia del imperio más poderoso de todos los imperios, en nombre de la salvación de la humanidad, la dignidad y todo lo que tú conoces. Es verdad que un siglo en la historia del mundo es un segundo. ¿Pero de ese segundo qué parte le toca a mi juventud? Si me estoy dejando tentar por Satanás, dame una señal. ¡Dámela ahora, delante de la Virgen! ¡Dámela ahora mismo! ¡Que caiga un rayo delante de ella y me parta en dos! ¡Que me parta un rayo si es que estoy dejándome tentar por Satanás! ¡Que me parta un rayo, que me parta ya!

Silencio.

CARIDAD. (Al cielo.) ¡No es lo mismo lanzarse una vez que tres veces y ésta es la tercera vez que me lanzo. No dije nada en esta ocasión por temor a que pensarán que les traería mala suerte y me bajarán de la balsa. ¡Tres veces me he lanzado por amor, esencialmente por amor! Amor de verdad, amor en serio, tú lo sabes. ¿Y por qué me castigas? ¿Qué culpa tengo yo de que sea un servio el único hombre que se fijara en mí? Antes de él ninguno me miró como mujer. Siempre me miraron como una «ne-

gra fea». El único recurso de la noche, cuando se acaba la fiesta y ya no queda una sola mujer clara. El trago amargo que al día siguiente no se quiere recordar y se confunde con la resaca. ¿Es que tú no has oído lo que dicen los hombres de este país — de mi país — de las negras con que se acostaron, después que pasa la borrachera? ¡Túno, tú estás muy alto, no lo puedes oír! ¡Perdón, Dios mío, pero yo tengo que hallar al único hombre que me ha visto linda! ¡Tengo que saber si está muerto o vivo! ¡Tengo que hacerlo, lo tengo que intentar!

FE. (Al cielo.) Demasiado crucifijo, demasiada estampita, demasiado rosario escondido en los escaparates, detrás de las puertas, en las gavetas de los archivos, entre las ropas interiores. Demasiada santería disimulada, enmascarada. Demasiada brujería disfrazada de «Folclor». Porque todo era opio. Opio el Padre, opio el Hijo, opio el Espíritu Santo. Opio la Virgen. Opio la Fe. ¡Opio, opio, opio! Y había que despertar de aquella borrachera a la que nos habían sometido, por los siglos de los siglos, los explotadores. ¡Había que abrir los ojos para dejar de ser lo que éramos, unos infelices, unos muertos de hambre, unos clase obrera! ¡Un karma bien, un castigo bien, y lo estamos pagando y bien merecido que lo tenemos bien! Por negarte en público, por hipócritas, por bautizarnos clandestinamente, por seguir creyendo en los santos y no confesarlo. Por tener miedo de que se descubriera que eras católico, santero o las dos cosas a la vez, como todo el mundo. Miedo de ser creyente en un mundo ateo de trabajadores. Es un karma que tenemos que sufrir, por no haber preferido el martirio a pactar con Lucifer como hicimos. Un castigo que tenemos que

sufrir, resignados, pidiendo perdón. ¡Pidiéndote perdón!

OCHÚN. (Incorporándose otra vez del tanque en que había vuelto a tomar asiento, llevándose las manos a la cabeza y lanzando un grito.) (Al cielo.) ¡No hay derecho! Ya sé que el mundo se ha convertido en una balsa atrapada en el mar de los Sargazos. Ya sé que la culpa no la tienes tú... ¡No, no me he olvidado del libre albedrío! ¡Pero yo soy su Santa Patrona y ellas son mis hijas y es a mí a quien le duele! ¡Y no son sólo ellas! ¡Mira este mar lleno de cadáveres! ¡Abre los ojos! Cómo soportar esta omnipresencia cuando se es la Santa de un país desesperado. ¡No más sufrimientos, no más desesperanza! ¡No más, no más! (A ellas.) Escuchen bien. El secreto de la Felicidad no está en el Norte ni en el Sur, porque el Norte y el Sur están en uno mismo. ¡El secreto de la Felicidad está en... (Al cielo.) ¡Déjame!... (A ellas.) El secreto de la Felicidad... no es ningún secreto. (Transición, al ver que de repente las tres mujeres han comenzado a la vez a convulsionarse, víctimas de un trance colectivo.)

OCHÚN. ¿Qué ocurre?... ¡Mujeres!

A partir de ese momento las tres mujeres forman un coro y se mueven sincronizadamente como si fueran una sola. La luna se pone azul como toda la escena y desaparece la diferencia entre la balsa y el mar. El coro gira alrededor de Ochún agitando tres abanicos azules. Por momentos se detienen o giran en dirección contraria.

CORO. ¡Aquí estoy
y soy tres
y soy una a la vez!

OCHÚN. ¡Yemayá!

CORO. ¡Ochún, Ochún! Tu nombre es la campana del desorden.

OCHÚN. ¡Yo, el desorden!

CORO. Eres la medida de la desobediencia.

OCHÚN. ¿Llamas desobediencia a la piedad?

CORO. Llamo al atrevimiento por su nombre.

OCHÚN. Si desafié al Altísimo no fue por el placer de la desobediencia, sino por la impotencia que en mí causó tu cruel silencio.

CORO. ¿Llamas crueldad a la cordura?

OCHÚN. LLamo por su nombre a tu indiferencia.

CORO. ¿Indiferente yo?

OCHÚN. Tú indiferente.

CORO. Tus hijos no entienden a mis sacerdotes, ni cuando les hablo por mis caracoles. No quieren escuchar.

OCHÚN. No pueden escuchar.

CORO. Voy de una esquina a otra de sus sueños mortales, como una vieja loca agitando inútilmente mis abanicos.

OCHÚN. Demasiadas promesas, Yemayá. Demasiadas promesas incumplidas. Humano es desconfiar de las señales, vengan de donde vengan.

CORO. **Diáspora es dispersión, no es un camino.**

OCHÚN. ¿Y cuál es el camino, Yemayá? Se sabe lo que no se debe hacer; es preciso entonces saber qué se hace. No nos fue dado el poder de las aguas para otra cosa que para ejercerlo.

CORO. Somos santos, no políticos.

OCHÚN. ¡Hay que intervenir!

CORO. ¡Loca, loca, loca!... El Norte jamás entenderá al Sur y el-Sur seguirá imitando al Norte sin entenderlo.

OCHÚN. ¡Ahhh!

CORO. Mañana serán arios los misioneros de la Regla de Ocha y sólo para arios será el Templo que erijan.

OCHÚN. No, no, no.

CORO. Y no será un acto de amor, no podrá serlo porque el hambre seguirá siendo nuestra.

OCHÚN. No, Yemayá.

CORO. Será otra violación. Otra definitiva y nueva violación.

OCHÚN. Benditos sean entonces los puentes levadizos, muros y murallas, cercas, tapias, tabiques, alambradas.

CORO. Maldita lengua tuya, maldita lengua, Ochún, siempre rompiendo el cerco de tus dientes. ¿Entenderás de una vez que este asunto no es del cielo?

OCHÚN. Y dijo Pilatos: «¿A quién quiere que deje libre, a Barrabás o a Jesús llamado el Cristo? Yo no me hago responsable de la sangre que se va a derramar. Es cosa de ustedes. Entonces Pilatos dejó en libertad a Barrabás; en cambio a Jesús lo hizo azotar y lo entregó para que fuese crucificado». (Se lava las manos significativamente.) ¡Aquél no era asunto de Pilatos!

CORO. Detente, Ochún.

OCHÚN. Mientras el secreto de la Felicidad no sea revelado, continuarán creyendo en falsos profetas. Serán infinitos los que en tu nombre continúen viniendo hasta el fin de los siglos: ¿Qué es la política, sino la promesa de revelar el secreto de la Felicidad? ¿Y qué pueden hacer como no sea tratar de hallar una felicidad particular, que sólo se alcanza cerrando los ojos ante la infelicidad ajena? ¿No será que somos inmortales porque cada vez nos necesitan más?

CORO. ¿Quién eres tú para poner en duda las diferencias entre el cielo y la tierra? ¡Detente, al fin! ¡Otros son tus caminos y otros tendrán que ser tus avatares!

OCHÚN. Comprendo. ¡Ochún coquetería, sensualidad, erotismo, hembra desnuda bañándose en el río; Ochún miel, perfume, danza, canción, cadenas, sortijas, abanico! Ochún para conceder la Gracia a la mujer de hechizar a su hombre. Y tú, el reverso de la medalla: La Maternidad. Para eso servimos. ¡O para madres o para hembras! Lo demás son trabajos para santos varones. (Lanza el abanico al suelo.) ¡Me niego! (Al cielo.) ¡Me niego!

CORO. ¡Lárgate ya!

Las tres mujeres del coro han comenzado a rodearla amenazadoramente, después de cerrar los abanicos de forma brusca y al unísono, obligándola a acercarse al tanque de agua.

OCHÚN. ¡Me quedo!

CORO. ¡Obedece!

OCHÚN. ¿Qué me vas a hacer? ¿Cubrirme con la espuma de tus enaguas, condenarme a morir de insolación, que me devoren los tiburones? ¿Has olvidado que no soy mortal?

CORO. ¡Pero tus hijas sí!

OCHÚN. (Transición.) ¡Piedad!

CORO. Lárgate ya por donde viniste o ni una sola sobrevivirá.

OCHÚN. Son inocentes.

(Apagón. Vuelve la luz bruscamente. Silencio. Las tres mujeres ocupan las mismas posiciones

que tenían antes del trance. Se convulsionan otra vez al unísono y salen de ese estado súbitamente. Se esfuma la luz azul. Amanece de pronto. Las tres permanecen aletargadas, en una mezcla de sueño y vigilia, mientras se desplazan de un lado a otro de la balsa.

FE. ¿Y Ochún?

Fe se dirige al tanque lentamente y de igual modo se asoma al borde del mismo. Las demás la imitan.

CARIDAD. Se fue.

FE. Por culpa de ustedes, de las dos.

ESPERANZA. Por culpa de ella. (Señala a Caridad.)

CARIDAD. (A Esperanza.) Por tu culpa. Tampoco tú querías.

ESPERANZA. Tenía mis dudas, que no es lo mismo. Pero tú estabas más que segura de volverlo a intentar.

Silencio.

FE. Nos queda comida y agua. Podemos resistir. Hay que resistir. Tiene que pasar un avión, un barco. ¿Y si no pasa nada? ¡Tiene que pasar!

ESPERANZA. ¡Tengo hambre!

CARIDAD. ¡Y yo sed!

FE. (Que ha recogido el machete y les impide acercarse al tanque, amenazándolas.) ¡Aquí nadie come ni toma agua hasta que el sol esté en este punto! (Traza una raya imaginaria con el pie en el suelo.) ¡Control! (Caridad y Esperanza no se mueven.) Hasta ahora nadie se había acordado del hambre y la sed.

CARIDAD. ¡Porque estaba la Virgen, pero ya no está! ¡La Virgen ya no está! ¡Y tengo sed! ¡No puedo más! (Toma un recipiente plástico de cualquier lugar. Intenta dirigirse a uno de los bordes de la embarcación.)

ESPERANZA. ¿Qué vas a hacer?

CARIDAD. ¡Agua!...¡Agua!...

ESPERANZA. (La sujeta.) Del mar no, Caridad. No podemos tomar agua del mar.

CARIDAD. (Tratando de soltarse.) ¡La Virgen no está! ¡No está, Esperanza! ¡Se fue la Virgen!

ESPERANZA. (Sacudiéndola bruscamente.) ¡No, Caridad, no era la Virgen! ¡No era la Virgen! (La lanza al suelo de un empujón.) ¡No era la Virgen! La Virgen es muchísimo más clara.

FE. La Virgen es mulata.

ESPERANZA. ¡Pero adelantada! ¡Mulata blanconaza! ¡Y tiene pelo bueno!

FE. Pues pelo malo, lo que se dice malo, ésta no lo tenía.

ESPERANZA. ¿Ah, no? Tú no viste el pasero.

FE. No era pasa, era pelo, pelo malagazo.

CARIDAD. Era una negra colorada.

FE. No era negra, Caridad.

CARIDAD. Sí lo era, era una negra lavada. Hay siete tipos de negros, Fe, siete tipos.

ESPERANZA. ¡Era una jabá! Eso fue lo que vino. ¡Una jabá!

FE. En todo caso una blanca capirra.

CARIDAD. Era una mora con pelo bueno de verdad. Y cuando hacía así (hace un gesto) se le veía la raíz china de su pelo y sus facciones finas casi griegas.

FE. Verdad que sí. ¡Parecía una Venus!

ESPERANZA. ¿Y aquellas orejas, y aquel color oscuro de las encías, y la manchita roja en el labio?

FE. Era una india, una mulata indiada y de pelo, pero maltratada.

ESPERANZA. Era una jabá bastante atrasada.

FE. Era una blanca yucateca.

CARIDAD. Era una negra parda, que es la negra más adelantada que existe, porque más abajo está la colorada que viene siendo como la jabá, pero prieta de color cetrino, y después está la púrpura y la mora tinta y más abajo la negra charol que es prieta pero con brillo. Y en el último lugar está la negra conga, que es la más atrasada, chiquitica, gordita, zamba y no le crece el pelo.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD. ¡Jabá! ¡Capirra! ¡Yucateca! ¡Entreverada!

ESPERANZA. Era el Demonio.

CARIDAD. (Transición. Ilusionada.) ¿El Demonio?

ESPERANZA. (Asiente.) Lucifer.

FE. Era la Virgen.

CARIDAD. Las tres la vimos. Brotó el agua.

ESPERANZA. (A Caridad.) ¿Estás segura?

CARIDAD. ¿Segura?... No... en realidad no estoy segura.

FE. Era la Virgen. Y se escapó.

ESPERANZA. Era el Demonio que se presentó de esa manera para confundir. Por algo creímos que nos acercábamos a las costas y confundimos el olor del azufre con el de la brea. Esa gaviota que viste, Caridad, no era una gaviota sino un querubín.

CARIDAD. ¿Un querubín? (Transición. Convencida.) ¡Un querubín!

ESPERANZA. Un querubín bueno del primer coro celestial.

CARIDAD. ¿No sería un serafín?

ESPERANZA. No, Caridad, los serafines son del segundo coro y aconteció que el Diablo cayó sobre esta bal-

sa y nos hizo creer que brotaba de la única agua dulce que nos queda. *(Alza la cruz de madera que acaba de improvisar y se desplaza de un lugar a otro realizando con ella un acto de exorcismo contra el Demonio.)* ¡Vade retro! ¡Vade retro!

Realiza de repente un giro sorpresivo, soltando la cruz. Cae sobre Fe con todas sus fuerzas. Ruedan por el suelo. Esperanza trata de arrebatárle el machete, pero éste se escapa de entre las manos de ambas. Caridad lo recoge y lo lanza al mar. La riña entre Esperanza y Fe continúa.

ESPERANZA. ¡No era la Virgen!

FE. ¡Sí, era la Virgen!

ESPERANZA. ¡La Virgen no ha venido todavía!

FE. ¡Vino y se fue!... ¡La Virgen se fue!...

CARIDAD. *(Transición. Lanzando un grito.)* ¡No... no ha venido! ¡La Virgen no ha venido! Era el Demonio.

Se lanza sobre Fe. Junto a Esperanza inmovilizan a la primera. La obligan a incorporarse, y a pesar de sus esfuerzos, la atan al mástil.

ESPERANZA. *(Recuperando el aliento.)* El Diablo está en tu corazón. A mí él no me engaña. Salió de mí para entrar en ti, porque en mi cuerpo ya no quería estar. *(Transición. Sonriendo.)* El Diablo es así. Va de un cuerpo a otro, apoderándose de las almas desprotegidas, confundiendo. *(Transición. Violenta. Recogiendo la cruz del suelo.)* ¡Bésala!... *(Obliga a Fe a besar la cruz. Transición. A Caridad.)* ¡Mira cómo tiene los labios reventados! ¡La cruz la quema!

FE. No es la cruz. Es el sol. A ti también te pasó lo mismo.

Esperanza se palpa los labios, sorprendida.

ESPERANZA. *(Transición. Sonriendo.)* ¡No como a ti, Demonio, no como a ti! *(Se vuelve a Caridad mostrándole los labios.)* ¿Verdad que no tengo la boca como ella?

CARIDAD. ¡Control! Hay que arreglar esa vela. ¡Colón logró salir de aquí por su control! Cualquiera que ande en el mar, cae en el mar de los Sargazos.

Continúa buscándola y llamando. Esperanza se acerca al tanque de agua.

ESPERANZA. ¡Aquí lo que hay que hacer es darse un buen despojo! *(Se arranca los escasos harapos que la cubren y comienza a rociar su cuerpo con el agua.)*

FE. *(En el paroxismo más absoluto.)* ¡La comida no, el agua no!

ESPERANZA. *(Sin prestarle atención.)* ¡Una buena limpieza es lo que hace falta!... *(Continúa rociándose agua por todo el cuerpo.)*

FE. ¡No, Esperanza, no!... ¡Caridad!...

Caridad ha dejado de buscar a la Virgen y mira hacia el cielo.

CARIDAD. *(Sin dar crédito a lo que sus ojos ven o cree ella que ven.)* ¡Aquello es algo!

Esperanza y Caridad corren hacia Fe atada al mástil.

